

**Dentro
de mucho**

Edición no venal.

Prohibida su venta.

CROSSBOOKS

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Myriam M. Lejardi, 2026

© Editorial Planeta, S. A. 2026

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Myriam M. Lejardi

**Dentro
de mucho**

**CROSS
BOOKS**

AVISO

No leas el relato antes de haber terminado
la novela o te fastidiarás el final.

2028

21 de marzo

Koen Ackermann tiene 28 años recién cumplidos y la certeza de que ya ha vivido ese momento.

No lo ha hecho, desde luego, pero se lo ha imaginado tantas veces, de tantas maneras distintas y durante tantos años, que siente que nada de lo que suceda será capaz de sorprenderlo.

Sus ojos parecen más ambarinos que nunca a la luz del sol. Los pasea entre los asistentes y acaba dejándolos sobre las dos sillas vacías que hay en primera fila. Pidió que estuvieran ahí aunque sus destinatarios no pudieran ocuparlas. Aun así, casi puede verlos. A Ursula Ackermann, de la que heredó la perspicacia, sonriendo para dejarle claro que sabía desde el principio que aquello acabaría pasando; a Andreas Müller, al que le debe el sentido del humor, inclinándose sobre su mujer para susurrarle una broma al oído.

La que sí que está es Maria Oliveira. Los años la han tratado bien aunque la vida no lo hiciera y, salvo alguna cana y esas arrugas que indican que ha reído y llorado por igual, está tal y como la recordaba. En el tiempo que ha transcurrido desde que se reunió con Savannah en Santa Mónica tan solo la ha visto en fotografías y, en una ocasión, a través de una videollamada. Cualquier otra cosa resultaba demasiado arriesgada.

El cuerpo del auténtico Trenton Lee fue destruido, pero su desaparición del hospital levantó sospechas en la policía. Por eso, Abby, Haru y él tuvieron que ocultarse y por eso, también, la ceremonia que está a punto de celebrarse no tiene ninguna validez legal.

No le preocupa. ¿Por qué iba a hacerlo? La ley siempre le ha parecido más un objetivo a burlar que un precepto. Y Savannah, quien, por cierto, lleva siete minutos de retraso, le ha repetido varias veces que no necesita que ningún papel ratifique lo que tiene grabado en el corazón desde que era una niña.

No hay un cura tras el altar, sino una mujer casi igual de alta que él con un uniforme de la marina de los Estados Unidos. Carece de potestad para unir a alguien en matrimonio, y mucho menos en un claro recóndito del Bosque Negro, pero a los novios les encantó la idea de que fuera ella la que oficiara la ceremonia.

En ocasiones, cada vez menos pero siempre algunas, Koen se pregunta qué papel habría tenido Emyr en la boda. Si Chloe hubiera estado viva, habría sido capaz de sonreírle y darle algún consejo sobre las relaciones desde y para siempre. Sin ella, su mejor amigo se habría esforzado por no llorar y por que su propio luto no empañara lo feliz que quería sentirse por él. En cualquier caso, no habría estado sentado en primera fila, sino de pie a su derecha. Amigo, hermano y después padrino. Encaja tanto que la imposibilidad deja un hueco con los bordes afilados en su pecho. Se rasca el cuello, acariciando la cicatriz con las yemas de los dedos, y cierra los ojos.

Durante un segundo, dos y tres.

Los abre en el instante en el que los invitados contienen el aliento. Son pocos: un puñado de ladrones, la madre de la novia, un gato enorme y una multimillonaria con los labios muy rojos y el vestido muy corto.

Beatrix Van Alen está colocada junto al altar, en el lugar de las damas de honor y lo más cerca posible de Abby, a quien ha dejado de mirar a regañadientes para fijarse en la que lleva siendo su mejor amiga desde que compartieron una botella de champán y un paquete de tabaco. Se saca del generoso escote un pañuelo de seda bordado con sus iniciales y lo utiliza para limpiarse las lágrimas. Cuando se percata de esto, su novia alarga la mano para acariciarle el brazo, lo que provoca que Haru contraiga la cara por el asco. Ese gesto no le dura mucho porque en cuanto se vuelve hacia Savannah, agarra con más fuerza al gato, rebautizado por enésima vez como Carmen Sandiego, y sonrío tanto que sus hoyuelos parecen cincelados en piedra. Maria, sentada a la derecha de la silla de ruedas, deja que el llanto le dibuje un reguero de rímel en las mejillas. Justo detrás de ella, Cole se lleva los

dedos a la boca para silbar, ganándose una colleja de Prue, su melliza. Miles, que antes y después de crupier fue músico, mueve los hombros en una risa silenciosa y continúa tocando el piano.

Por último, Koen Ackermann siente que se muere. Se lo dijo a Savannah hace tiempo y no ha dejado de repetírselo desde entonces: su vida le pertenece. Y parece que, al fin, la que está a punto de convertirse en su mujer ha decidido cobrarla.

Al verla desfilando por el pasillo cubierto de hojas y flores el pecho se le llena de tantas cosas que amenaza con estallarle. Porque Savannah Price es demasiado, lo es todo y cuando quiere es incluso más. Es pasado, presente y todos los futuros con los que se ha atrevido a soñar desde que tiene seis años.

Por mucho que Koen Ackermann se hubiera imaginado ese momento, lo que sucede acaba sorprendiéndole. Había visualizado a Savannah con cientos de vestidos blancos. Miles. Y, al enterarse de que había encontrado el definitivo, trató de hacer trampas y echarle un ojo antes de

la ceremonia. No solo no lo consiguió, sino que tuvo que alejarse de la trayectoria de un cuchillo cuando su novia lo pilló husmeando. Debido a esto, cuando la ve enfundada en seda dorada, brillando incluso más que la multitud de joyas que mantienen su pelo recogido y decoran sus dedos, suelta una carcajada incrédula y da un paso hacia ella.

Es inercia. Física básica. Un puto axioma. Savannah Price hace acto de presencia y Koen Ackerman va. Sin importar que se trate de la primera vez que se ven, de un atraco o de su propia boda. Se acerca como hipnotizado, con esos ojos que ella tanto alaba recorriéndola desde los dedos de los pies hasta la raíz del pelo. Maravillándose con detalles que se sabe de memoria.

Se juntan entre la primera y la segunda fila, muy cerca del capullo rojo de una rosa. En un movimiento que empieza a ser tan reflejo como un parpadeo, Koen coloca las palmas sobre las mejillas de Savannah y ella entrelaza las manos detrás del cuello de él. Después,

los labios de ambos se humedecen, se estiran hacia arriba y se juntan.

Cuando se separan, han perdido parte del aliento pero no la sonrisa.

Es Savannah quien dice:

—Esta vez no se te ha olvidado besarme.

—No. ¿Estás orgullosa?

—Quizá. ¿Quieres que te diga lo que siento?

Koen Ackermann se ríe por lo bajo y susurra:

—Siempre, *Zickenqueen*.

—Entonces, haz el favor de acompañarme al altar para que puedan escucharlo también todas estas personas.

1 de abril

Savannah Price tiene 26 años y los nervios a flor de piel.

Aunque no es la primera vez que viaja en avión, nunca le ha gustado y hasta ese día jamás ha tenido que hacerlo con los ojos vendados.

Koen ha insistido. Cuando llegaron al aeropuerto de Stuttgart le dijo que quería que el destino de su luna de miel fuera una sorpresa. Llevaba cerca de un mes planeándola a sus espaldas, probablemente con la ayuda de Haru y Abby, quienes, junto a Trix, acompañaron a la pareja de recién casados hasta la mismísima terminal. Poco antes de que su marido le vendara los ojos, agitaron las manos para despedirse y estiraron las sonrisas como si supieran algo que Savannah desconocía.

A ella le preocupaba que tuvieran algún problema durante los controles, pero el nuevo

pasaporte de Koen funcionó de maravilla. Ni siquiera se vio obligado a cambiarse el nombre, tan solo el apellido.

Savannah siente su estómago ingrátido cuando el avión empieza a descender. La megafonía emite un chasquido e, inmediatamente, Koen le tapa los oídos antes de que pueda escuchar el mensaje del piloto y enterarse del lugar en el que van a aterrizar. Según sus cálculos, no ha transcurrido demasiado desde que salieron de Alemania, así que deben de continuar en Europa.

Las ruedas chocan contra el pavimento y surgen algunos aplausos entre los pasajeros.

—Es ridículo. ¿Por qué hacen eso? ¿Es porque el piloto no se ha estrellado? Qué idiotas. Es su trabajo.

Alguien chista, pero es demasiado tarde. Savannah no necesita ver para tener claro a quien pertenece esa voz. Sin que Koen pueda evitarlo, se deshace de la venda, se quita el cinturón y se gira en el asiento.

En la fila de atrás hay tres personas que no deberían estar ahí. Trix, junto a la ventanilla, Haru, quien acaba de hablar, y Abby, que le dedica un encogimiento de hombros a modo de disculpa.

Savannah frunce el ceño mientras trata de asimilar la situación. Koen también se gira, la abraza por la cintura para estrecharla contra sí y exclama con alegría:

—¡Sorpresa!

Savannah busca en sus ojos ambarinos una explicación o, al menos, arrepentimiento. Como no los encuentra, resopla y exige:

—¿Qué significa esto?

El resto de pasajeros se pone en pie y comienza a sacar sus equipajes de mano de los compartimientos superiores. Amparada por el ruido, Trix promete:

—Fue idea de suya. De tu marido, digo. A mí me hace ilusión porque, no sé, qué emocionante, ¿verdad? Pero no presioné para participar ni nada por el estilo. Lo juro.

Haru pone los ojos en blanco y dice:

—Eres una mentirosa. Llevas dos semanas siendo una pesadilla. Que si el francés, que si el dinero, que si...

—Es verdad que sé francés —se defiende Trix—. Me necesitáis.

—Tenemos traductor en el móvil, tonta. Y todo el mundo habla inglés.

—¡No me llames tonta!

—¡Pues no lo seas!

A sabiendas de que intentar parar la discusión no servirá de nada, Abby saca una mochila de debajo de su asiento y murmura:

—Intentaremos que sea rápido para que podáis hacer un poco de turismo después.

—¿De qué estáis hablando?

Koen se inclina hacia su oreja. Antes de que empiece a susurrar, Savannah tiene claro que va a golpearlo, gritarle o los dos al mismo tiempo. Han cambiado muchas cosas de su relación durante

esos años, pero no esa. Y, aunque sigue sin ser capaz de anticiparse por completo a él, porque nadie puede, ha vuelto a entender de dónde parten los impulsos que lo mueven.

Koen Ackermann llevaba demasiado tiempo tranquilo, manteniendo un perfil bajo. Por eso, no le sorprende tanto como debería que le diga al oído:

—Te gusta el arte, ¿verdad? La primera parada de nuestra luna de miel te encantará. Es para... recaudar fondos, por llamarlo de alguna manera. Vamos a pasar por un museo. El Louvre, no sé si has oído hablar de él. Hace tres años, vine con unos amigos para ver unas...

—Dime que lo de las joyas no fue cosa tuya.
Antes que su mentira, escucha su sonrisa.

—Lo de las joyas no fue cosa mía.

—Koen.

—¿Quieres saber la verdad?

—No.

—Perfecto. Pues hay un cuadro en específico, no demasiado grande pero sí muy famoso, del que todo el mundo habla. Merece la pena echarle un vistazo. Preferiblemente de noche, para evitar las aglomeraciones. Lo que podemos hacer es...

